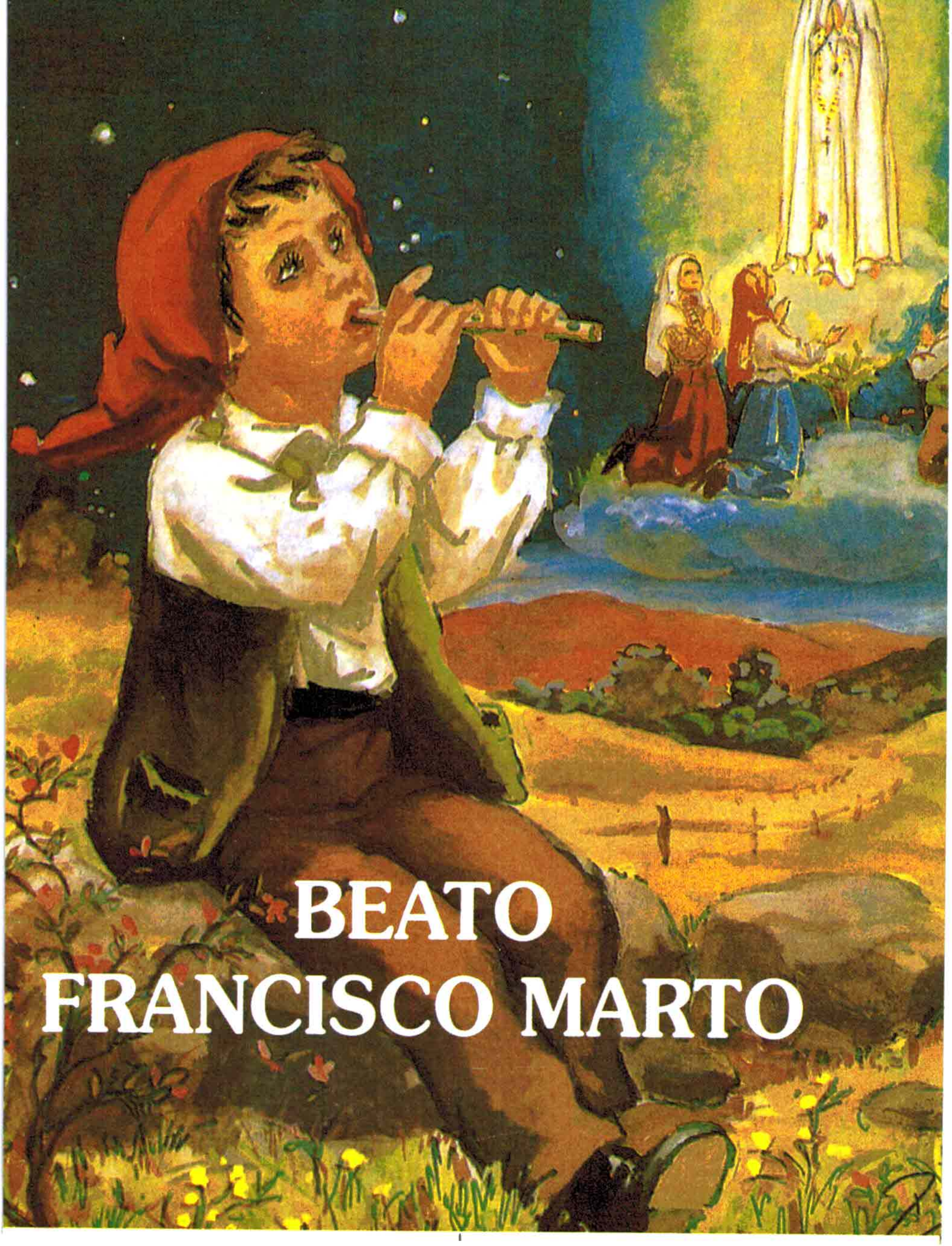

BEATO
FRANCISCO MARTO

BEATO
FRANCISCO MARTO

VIDENTE DE FATIMA

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

Los niños hermanos Francisco y Jacinta Marto han sido beatificados por Juan Pablo II el 13-5-2000 y se estableció su fiesta para el 20 de febrero.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 – SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
I.S.B.N.: 84-7770-600 – D.L.: Gr. 1350-2000

Francisco Marto, vidente de Fátima

Francisco Marto fue uno de los tres afortunados videntes de las apariciones de Fátima.

Había nacido el 11 de junio de 1908, en Aljustrel, barrio de Fátima.

Cuando vio a Nuestra Señora, junto con su hermanita Jacinta y su prima Lucía, contaba nueve años de edad.

Sus padres se llamaban Olimpia y Manuel Pedro Marto, pobres, pero honrados, trabajadores y muy cristianos.

Por nada omitían la santa misa los domingos y días de fiesta, ni tampoco el rezo diario del santo rosario.

La vida de Francisco se deslizaba de una manera semejante a la de los demás niños del lugar, con sus virtudes, defectos y pasiones.

Sólo cambió notoriamente cuando empezó a manifestársele la Santísima Virgen María en las célebres apariciones de Fátima.

Por las mañanas se levantaba muy temprano, para gozar de la naturaleza, pues le gustaba mucho el campo y amaba las flores y los pajaritos.

En las noches de verano le encantaba contemplar el firmamento.

Decía que las estrellas eran las lámparas del cielo, que encendían los ángeles.

Pero prefería el sol, que era la lámpara de Nuestro Señor.

Desde lo alto de los montes pronunciaba fuerte el nombre de María, y el eco impregnaba todos aquellos contornos con el nombre de nuestra santísima Madre.

El rosario lo rezaba repitiendo solamente, en cada cuenta, las palabras Ave María.

Así le quedaba más tiempo para dedicarse a sus juegos infantiles.

Pero esto lo hacía antes de las apariciones. Después de ellas, rezaba el rosario entero y muchos rosarios al día.

No conocía las letras, pero la doctrina cristiana la sabía muy bien, porque su madre se la enseñaba durante la siesta, en verano, y después de cenar, en invierno.

Al igual que su prima Lucía, pronto, con Jacinta, lo pusieron sus padres a pastorear el pequeño rebaño de la familia.

Sumarían entre todas, las suyas, y las de su prima, unas treinta ovejas, suficientes para niños de tan corta edad.

Los padres de Francisco siempre dijeron de él que era amable y servicial, de carácter dócil y de gran corazón.

Así comprendemos por que sentía pena al ver que los niños destrozaban los nidos.

Se encontró con un amigo que llevaba un jilguero en las manos, y se lo compró para echarlo enseguida a volar.

En el camino hallaba alguna vez a una viejecita, cargada con un haz de leña. Si se le caía, juntaba las ramas dispersas y llevaba un rato la carga, para que ella descansase.

Así era de bueno Francisco Marto, un niño escogido por Dios para ser portador de un importantísimo mensaje de salvación para la humanidad.

En las seis apariciones en que pudo admirar la celestial belleza de Nuestra Señora, no la oyó ni habló con Ella, pero las otras dos videntes le explicaban lo que había dicho para los tres.

Francisco ve al Angel de Portugal

Con las tres apariciones del Angel, pretendió Nuestro Señor preparar la mente y el corazón de los pastorcitos para los graves acontecimientos que iban a seguirse poco después.

Era el verano de 1916. Los tres niños guardaban sus rebaños en una finca de la familia de Lucía.

Terminaron el rezo del rosario. Y vieron que, sobre el olivar, se dirigía hacia ellos un joven como de unos quince años de edad, de extraordinaria hermosura, más blanco que la nieve y transparente como el cristal.

Al aproximarse, les dice:

–No temáis. Soy el Angel de la Paz. Rezad conmigo.

Y, arrodillándose, inclinó la frente hasta el suelo, repitiendo por tres veces:

–«¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, ni adoran, ni esperan, ni os aman».

Después, levantándose, añadió:

–«Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas».

Y, dicho esto, desapareció.

Otra vez, durante la siesta, jugando los niños bajo los árboles, junto al pozo, en el huerto de Lucía, ven, de repente, al Angel, que les dijo

–¿Qué hacéis? Orad, orad mucho. Los Sagrados Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios.

–¿Cómo hemos de sacrificarnos? –preguntó Lucía.

–De todo lo que podáis, ofreced a Dios sacrificios de reparación por los muchos pecados con que es ofendido, y pidiendo por la conversión de los pecadores. Atraed así la paz sobre vuestra patria. Yo soy el Angel de su guarda, el Angel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor quiera enviaros.

Estaban otro día con las ovejas, rezando, rostro en tierra, la oración: «Dios mío, yo creo», etc., cuando vieron al Angel con un cáliz en la mano y, sobre él, una hostia, de la que caían, dentro del cáliz, algunas gotas de sangre.

Deja el cáliz en el aire, se arrodilla junto a ellos y les hace repetir por tres veces:

«Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo: Yo os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los tabernáculos del mundo, en reparación de los ultrajes, indiferencias y sacrilegios con que es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Sagrado Corazón y por la intercesión del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

Después el Angel se levantó, toma la sagrada forma y se la da a Lucía, y reparte el cáliz entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo: «Tomad y bebed el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios».

Postrándose de nuevo, repitió por tres veces la antedicha oración: «Santísima Trinidad», etc., y desapareció.

Los niños permanecieron largo rato en la misma actitud, repitiendo también esas palabras.

Cuando se levantaron, estaban como ensimismados.

Francisco ve seis veces a Nuestra Señora

Habituado ya a un ambiente sobrenatural, Francisco tuvo la dicha de contemplar seis veces a la Reina del Cielo.

Las apariciones comenzaron así:

Era el trece de mayo de 1917. Cuidaban el ganado en Cova de Iría. Ya habían rezado el rosario y jugaban a construir casas. Francisco era el cantero y las dos pastorcitas le traían los materiales.

En esto, la vivísima luz de un relámpago los dejó sorprendidos, y decidieron volver al pueblo, temiendo alguna tormenta.

Bajaban la cuesta, cuando otro relámpago, más fuerte aún que el primero, los hizo detener.

Y, delante de ellos, sobre una encina, admiran a una jovencita, más hermosa que el sol.

Intentan escapar, pero les dice:

–No tengáis miedo, que no os haré mal.

Lucía se atrevió a hablar y le preguntó varias cosas. Entre ellas, que si las dos primas irían al cielo. Les aseguró que sí.

–¿Y Francisco?

–También, pero antes tiene que rezar muchos rosarios.

Al decir esto, la Señora miró a Francisco con expresión de bondad y de maternal reprensión.

Les preguntó si querían ofrecer sacrificios por la conversión de los pecadores, y les recomendó el rezo del rosario todos los días.

La Visión comenzó a elevarse y desapareció.

A Francisco, como no había oído nada, Lucía y Jacinta se lo explicaron todo, alegrándose mutuamente por la inmensa dicha que les esperaba, pues a los tres les había prometido la Visión que irían al cielo.

Al atardecer, bajaron del monte y rezaron el Angelus.

Lucía les prohibió terminantemente no decir a nadie ni una sola palabra de lo que les había acontecido.

Pero era un secreto demasiado grande para niños tan pequeños. Jacinta lo contó todo en casa y Francisco confirmaba lo que su hermana decía.

La señora Olimpia lo tomó primero a risa. Luego los hubiera castigado, a no ser por la intervención de su padre, el señor Pedro Marto, que decía:

–Dejemos soñar a los niños. Después de todo, sueñan cosas buenas.

La familia de Lucía también se enteró, quedando todos disgustados.

Francisco regañaba a su hermana:

–Ya ves: tú tienes la culpa, por haber contado las cosas.

En la segunda aparición, acaecida el día de San Antonio, les recomendó que siguieran acudiendo allí el día trece de cada mes, que rezaran el rosario y que aprendieran a leer.

Lucía le pidió que los llevara al Paraíso.

–Sí, a Jacinta y a Francisco vendré pronto a llevármelos conmigo. Pero tú has de quedarte más tiempo aquí abajo.

La señora Rosa llevó a Lucía a casa del señor Cura para que se desdijera.

Francisco y Jacinta la acompañaron, pues le habían dicho a Lucía:

–Nosotros iremos contigo y, si nos pegan, lo sufriremos por amor a Nuestro Señor y por los pecadores.

Francisco asentía a todo lo que Lucía narraba

Tercera y cuarta aparición

En la tercera aparicion, les dijo la Virgen:

–Sacrificaos por los pecadores y decid a menudo: «¡Oh, Jesús! Por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las ofensas que se cometen contra el Inmaculado Corazón de María!».

Luego les mostró el infierno, y les dijo:

–Habéis visto el infierno, adonde van a parar los pobres pecadores.

Después les reveló un secreto, y concluyó:

–No digáis esto a nadie. A Francisco sí podéis decírselo.

Luego añadió:

–Cuando recéis el rosario, decid al final de cada decena: «¡Oh, Jesús mío! Perdonad nuestros pecados; libradnos del fuego del infierno; llevad al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de vuestra misericordia».

El trece de agosto no se presentaron los niños en Cova de Iría, porque el Alcalde de Vila Nova de Ourem los llevó a su casa.

Como se resistían a revelar el secreto, los amenazó con arrojarlos a una caldera de aceite hirviendo.

A la primera que se llevó, fue a Jacinta. Francisco se hacía la ilusión de que estaría pronto en el cielo, y rezaba para que su hermanita fuese valiente.

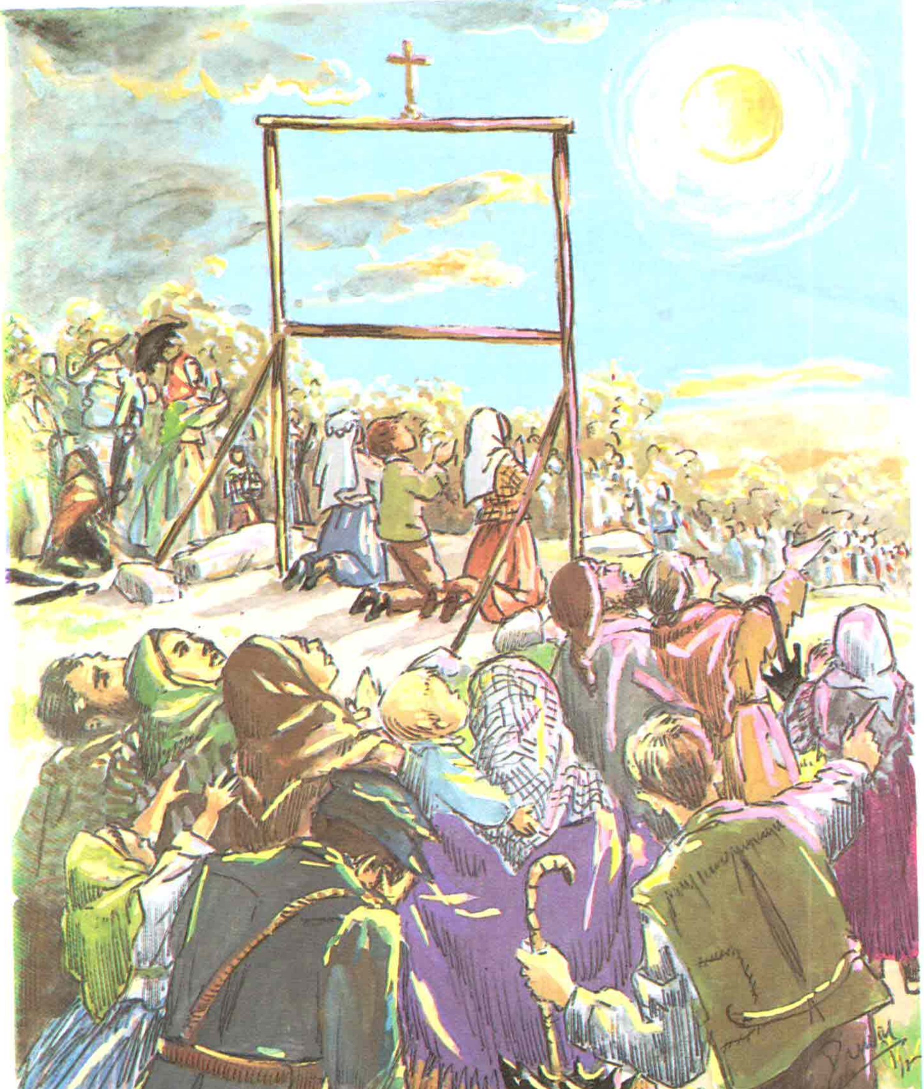
Transcurrido un buen rato, viene por él, y le dice:

–Tu hermana está ya frita. Ahora te toca a ti, si no dices el secreto.

–Yo no lo diré nunca –contestó.

–Pues entonces correrás la misma suerte.

Y, viendo que nada conseguía, lo entró en el cuarto donde estaba Jacinta, a la que suponía muerta.



Quinta y sexta aparición

El diecinueve de agosto, vieron a la Virgen en Los Valiños.

Al preguntarle Lucía qué hacían con el dinero que el pueblo dejaba en Cova de Iría, la Señora contestó:

–Haced dos andas. Una la llevarás tú con Jacinta y otras dos niñas, vestidas de blanco... La otra la llevará Francisco con otros tres niños, vestidos también con túnicas blancas. Todo para solemnizar la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

En septiembre, mandó a los niños la Aparición que moderaran sus penitencias.

Una de ellas era que se ceñían a la cintura una soga muy áspera, y les dijo que se la quitasen de noche.

La aparición de octubre es la más importante de todas.

–¿Quién es usted, Señora, y qué desea de mí? –preguntó Lucía.

–Soy la Virgen del Rosario. Quiero que en este lugar se levante una capilla en mi honor y que se rece el rosario todos los días... Que no ofendan más a Nuestro Señor, que está ya demasiado ofendido.

Luego los setenta mil espectadores contemplaron el milagro del sol, que daba vueltas, cambiando de color.

–¡Milagro! ¡Milagro! –exclaman unos.

–¡Creo en Dios!... –gritaron otros.

–¡Dios mío, misericordia! –imploran los demás.

Los pastorcitos ven, junto al sol, a San José, al Niño Jesús y a la Virgen del Carmen, con el escapulario en la mano.

Terminado todo, Francisco se abrió paso, como pudo, entre la muchedumbre, regresando al hogar.

Francisco se sacrifica por los pecadores

Después de las apariciones, Francisco siguió su vida normal. Pero tantas visitas recibía, que dejó el pastoreo, reemplazándolo su hermano Juan.

Los tres videntes comenzaron a ir a la escuela. Pero Francisco decía algunas veces a su prima:

–Mira, vete tú, que a ti te mandó la Virgen que aprendieras a leer. Yo me quedo en la iglesia con Jesús Sacramentado. Así le puedo pedir las gracias que nos encarga la gente.

Y el Señor parece que se complacía con estos buenos deseos, pues lo demostraban los hechos.

Suplicaron a Francisco que rezara por un hombre inocente, víctima de una calumnia.

Al regresar las niñas de la escuela, lo encontraron inmóvil, arrodillado ante el sagrario.

–¿Has pedido la gracia por aquel hombre? –le preguntó Lucía.

–Sí –respondió él–. Puedes decir que volverá a casa dentro de poco.

Seguía rezando rosarios y sacrificándose por los pecadores. Le obsesionaba la idea de que tantas almas cayeran en el infierno por no haber quien se sacrificara por ellas, como había dicho la Virgen.

Aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban. Se daba con hortigas en las piernas y se privaba de cosas que le gustaban.

La gracia de Dios iba transformando, poco a poco, aquella alma, y de un niño normal y corriente haría un auténtico héroe de la virtud.

Francisco vuela al cielo

Acabada la guerra europea, se propagó una peste muy maligna, que ocasionó numerosas víctimas. Portugal fue una de las naciones más afectadas.

El 23 de septiembre de 1918, Francisco fue atacado de esa enfermedad.

Más tarde sintió una leve mejoría que le permitió abandonar el lecho.

El día que tenía más ánimos, daba un paseo hasta Cova de Iría.

Cuando alguien lo saludaba y le prometía un pronto restablecimiento, él, con cierto dejo de dulce melancolía, decía que no.

En efecto, volvió a recaer, y bien sabía que para no levantarse más.

Lucía y Jacinta lo visitaban con frecuencia.

Un día les dijo le recordasen todos los pecados que había cometido para confesarlos antes de recibir el viático:

–En una ocasión, había quitado a su padre unos reales para comprar una armónica.

–En otra, había estado en una pelea de los chicos de Aljustrel contra los de Boleiros.

–Eso ya lo he confesado –les decía–, pero lo volveré a confesar.

No se cansaba de ofrecer al cielo sus dolores, que eran muy grandes.

Lucía le preguntó:

–Francisco, ¿sufres mucho?

–Me duele bastante la cabeza... Pero lo llevo con paciencia, para consolar a Nuestro Señor.

Hablaban las dos primas junto a la cama. El les rogó que lo hicieran más bajo, pues el ruido lo molestaba mucho.

Una mañana le dijeron las niñas:

–Hoy estás mejor, Francisco.

–Al contrario, estoy bastante peor. Pronto marcharé al cielo y quiero llevarles mucho consuelo a Jesús y a María.

A pesar de lo delicado que se encontraba, aún se ceñía la soga, como cilicio, alrededor de la cintura.

–Tómala, antes de que la vea mi madre –le dijo a su prima–; ya no puedo ponérmela.

Por aquel entonces, llamó Jacinta a su prima para hacerle una confidencia.

Cuando estuvieron solas en la habitación con Francisco, le expuso esto:

–Prima: sabrás que la Virgen ha venido a vernos y nos ha dicho que se llevará al cielo, muy pronto, a Francisco.

El dos de abril, cuando la señora Olimpia notó que el estado del enfermito se había agravado, juzgó conveniente llamar al señor Cura para que lo confesara.

Así lo hizo. Y, al día siguiente, recibió la primera comunión, que era también la última como viático.

Después que comulgó, Francisco rebosaba felicidad y no sentía el menor dolor.

Sus dos confidentes pasaron casi todo el día a su lado.

Por la noche fue forzoso despedirse.

–Francisco, adiós... Si vas al Paraíso esta noche, no nos olvides... ¿Has oído?

–No, no os olvidaré. Estad seguras.

–Adiós, pues, hasta que nos volvamos a ver en el cielo.

–Hasta el cielo...

Al día siguiente, 4 de abril de 1919, pidió perdón a todos los que le rodeaban, por las penas que les podía haber causado.

A eso de las seis de la mañana, dijo a su madre:

–Mira, madre, qué hermosa luz, ahí, cerca de la puerta.

Y un momento después:

–Ahora ya no la veo.

Y, en aquel momento, su rostro se iluminó, y, sin agonía, con una sonrisa celestial, se fue al cielo, a ver a la Señora, cuya hermosura había vislumbrado ya en la tierra.

Su cuerpo descansa incorrupto en la Basílica de Fátima.

9 788477 706007